



*Free AI image generated for INFINITY industries®™ (Meta.ai - Copyright reserved)
(Si se desea compartir una ilustración creada por uno mismo para que se publique en este código como su ilustración oficial, puede visitar a la comunidad Rokaërïka®™ en infinivinds.com y entregarla)*

“El terror de la guerra debería ser suficiente para entender la importancia de la paz”

Karlay, ministro de guerra imperial – Declaración en tiempos de guerra

La nave voladora se desliza silenciosamente y furtivamente entre las densas nubes, como un fantasma en el cielo. Las nubes son tan espesas que parecen tener una vida propia, y solo de vez en cuando, los relámpagos iluminan la nave, revelando su presencia en el cielo. La luz de los relámpagos es tan intensa que parece cortar el aire y por un momento, la nave es visible en todo su esplendor.

Pero la nave no está sola en el cielo en este infierno helado, eléctrico y nuboso. Aunque a simple vista parezca que es la única, en realidad, hay un gran número de naves dirigibles similares flotando livianas en formación, todas ellas van hacia faraz (El norte del mundo), donde la guerra espera. La guerra que la alianza y la resistencia llaman "La última guerra".

Dentro de la nave, las tropas de todas las especies están impávidas, calladas y asustadas. El pasillo de despliegue de tropas es un lugar sombrío y silencioso, donde solo se oye la débil respiración de los soldados, el débil pulso de los corazones agitados, y el horrible

sonido de algunos de ellos deglutiendo su propia saliva. Los soldados están sentados en sus asientos, con los ojos fijos en el suelo, esperando a que la nave aterrice y puedan comenzar su misión.

La nave vuela sobre las nubes, llevando a sus pasajeros hacia un destino desconocido. La tripulación está atenta a los instrumentos de navegación, asegurándose de que la nave esté en rumbo hacia su objetivo. El capitán de la nave, un hombre experimentado y curtido en batallas, está en la cabina de mando, observando el cielo y esperando a que la nave llegue a su destino.

La nave sigue volando, llevando a sus pasajeros hacia la guerra. La guerra que puede ser la última, la guerra que puede decidir el destino del mundo. La nave vuela hacia faraz, hacia la nieve, la obscuridad y la muerte. La nave vuela sombría hacia la guerra, y nadie sabe qué les espera allí.

La luz azul se enciende en la nave, y un murmullo de tensión recorre entre las tropas. Saben que esto significa que están por sobrevolar la costa helada de sihaz o el sur de las tierras heladas, donde las tropas imperiales ya están tomando la playa. La misión es sigilosa, y deben alistarse en silencio para evitar ser detectados.

Pero el pánico invade los corazones de los soldados, y una extraña y cálida sensación de nacionalismo les recorre la sangre. Se miran entre sí, pálidos y asustados, como si pidieran toda la cooperación y solidaridad posible solo con sus miradas. Apenas se conocen entre ellos, pero en este momento, se sienten unidos por una causa común.

La tensión es palpable, y el aire está cargado de anticipación. Los soldados se ajustan sus equipos, revisan sus armas y se preparan para lo peor. Saben que cuando la luz roja se encienda, las cosas se pondrán más complicadas.

Entonces, la luz amarilla se enciende. La nave comienza a sacudirse, a temblar y las explosiones de toda magnitud que provienen de afuera hacen que los soldados se agarren a sus asientos para no caer. Algunos no pueden evitar soltar sonidos perceptibles de pánico, mientras que otros se mantienen en silencio, con los ojos fijos en la oscuridad exterior.

La nave sigue volando, la guerra es intensa y real como se esperaba, aunque nadie quería creerlo en realidad, a pesar de las explosiones y el fuego antiaéreo que la rodea. Los soldados se miran entre sí, buscando alguna señal de esperanza o de tranquilidad. Pero solo ven miedo y ansiedad en los ojos de sus compañeros. La misión es un éxito, ¿Pero a qué costo? Solo el tiempo lo dirá.

El sargento se aferra a los asideros del pasillo para mantener el equilibrio mientras la nave se sacude y tiembla a su alrededor. La turbulencia es intensa, y el aire está lleno de gritos y explosiones que provienen de afuera. A pesar de la confusión y el caos, el sargento se esfuerza por mantener la calma y la autoridad.

- ¡Compórtense soldados!, ¡Guarden compostura!, ¡Ustedes son soldados imperiales!, compórtense como tales. – Vocifera el sargento, su voz cortando a través del ruido y la confusión. Su rostro está enrojecido por la ira y la frustración, y sus ojos brillan con una intensidad que hace que los soldados se sientan incómodos. A medida que la nave se sacude y tiembla, el sargento se aferra a los asideros con una mano y con la otra señala a los soldados que se encuentran dispersos por el pasillo. – ¡Vamos, vamos, vamos! – Grita, su voz haciéndose más fuerte y más insistente. ¡No hay tiempo para esto! ¡Tenemos que mantener la formación y seguir adelante! Los soldados, asustados y confundidos, se esfuerzan por mantener la calma y la compostura. Se miran entre sí, buscando alguna señal de qué hacer a continuación. Pero el sargento

no les da tiempo para pensar. – ¡Vamos! – Grita de nuevo, su voz cortando a través del ruido y la confusión. – ¡Tenemos que seguir adelante!

La nave sigue volando, a pesar de las explosiones y el fuego antiaéreo que la rodea. El sargento y los soldados se aferran a los asideros, esperando a que la turbulencia pase y puedan seguir adelante con su misión. Pero por ahora, solo pueden aguantar y esperar.

Uno de los soldados, cerca del sargento, mira a otro de los contiguos y le menciona discretamente que todos morirán en esta noche. Su voz es baja y temblorosa, pero llena de convicción. El soldado que lo escucha se vuelve hacia él, con una mirada de curiosidad y preocupación. "¿Por qué estás tan seguro?", le pregunta.

El soldado que habló primero sonríe, una sonrisa extraña y nerviosa. "Los dioses demandan ríos de sangre de vez en cuando", dice, "Para poder llenar sus jarros de kiriq en el ultramundo". Se acomoda el casco, como si estuviera ajustando su propia mortalidad. El otro soldado sonríe en respuesta, pero su sonrisa está llena de pánico más que de gracia.

En ese momento, un estruendo ensordecedor llena el pasillo. Una munición antiaérea enemiga de tierra ha atravesado la nave de abajo a arriba, con tanta violencia que revienta a un desafortunado soldado en frente de los dos soldados que conversan. El impacto es tan violento que reparte el torso y su contenido por todo el pasillo, salpicando a los soldados. Los brazos intactos caen al pasillo, no hay rastros de la cabeza, y sus piernas, si bien separadas, quedan sentadas en su lugar.

La escena es de una brutalidad inimaginable. La sangre negra como la noche y los restos thaoides están por todas partes. Los soldados se quedan paralizados, incapaces de moverse o de hablar. El pánico se desata en las filas, y los soldados comienzan a gritar y a correr en todas direcciones. El sargento intenta restaurar el orden, pero es demasiado tarde. La nave está herida de muerte, y los soldados están condenados a morir en este infierno de acero y fuego.

- ¡Silencio soldados, silencio! – Grita furioso el sargento, intentando imponer orden en medio del caos que reina en la nave. La escena horrible que acaba de presenciar, con el soldado desmembrado, queda opacada por una serie de sucesivas escenas igual de horribles que empiezan a diezmar a diestra y siniestra en la nave. El fuego antiaéreo es devastador para la nave, las balas atraviesan el blindaje por todo ello y de forma aleatoria, sembrando la muerte y la destrucción.

Los soldados empiezan a morir, uno tras otro, pero nadie se mueve de su sitio. Están paralizados por el miedo y la confusión. Sin embargo, cuando finalmente la luz roja se enciende, el sargento vocifera que ha llegado el momento de saltar. Los soldados, al menos los que aún quedan, se levantan y se preparan para saltar, algunos con dificultad, algunos están heridos y otros tienen que retirar muchas partes de otros soldados desmembrados para levantarse y alistarse.

El sargento vocifera la orden del salto, y los soldados se preparan para lanzarse al vacío. Inmediatamente después, se abren unas escotillas de debajo de cada soldado, revelando un abismo oscuro y profundo, lleno de ventisca y gritos de muerte.

- Es ahora soldados, ¡Prepárense para saltar!, ¡Con los dioses! – Vocifera el sargento, mientras todos empiezan a lanzarse por la escotilla, uno tras otro, en un salto mortal hacia lo desconocido.

La escena es de una intensidad brutal, con los soldados saltando al vacío en medio de un estruendo de explosiones y disparos. La nave está siendo despedazada, los soldados están siendo lanzados a la batalla en un momento de caos y confusión. Solo los dioses saben

qué les espera abajo, pero los soldados están listos para enfrentar lo que sea, con valor y determinación.

El lanzamiento es un momento de pura adrenalina y terror. El soldado se siente empujado por una combinación de deber y vergüenza, su cuerpo se entumece por el pánico. La decisión de dejarse caer por el orificio es casi involuntaria, se siente como si se estuviera cayendo en un abismo sin fondo.

Pero luego, en un instante muy corto y largo a la vez, el soldado experimenta una sensación de paz, ingravidez y silencio. La nave se aleja hacia arriba, la obscuridad rodea al soldado como un manto. Es un momento de calma antes de la tormenta, el soldado se siente como si estuviera suspendido en el vacío infinito.

Pero la sensación de paz es efímera. La tremenda sensación de soledad y desesperación vuelve a apoderarse del soldado, se siente cayendo como una roca, rodeado de infinita soledad y vacuidad. La oscuridad es total, no puede ver nada más allá de su propio miedo y desesperación.

Pero entonces, un relámpago o una explosión antiaérea ilumina el cielo, es difícil saber, el soldado vuelve a la realidad. La obscuridad se pierde arriba, junto con las nubes, y las explosiones iluminan el cielo como si fueran estrellas. Las bengalas con altímetro de la mochila del paracaídas de cada soldado se activan, mostrando con una tenue humareda roja la dirección y posición de los demás.

Los soldados de la nave se divisan entre sí, luego el humo cesa. Cambian la posición como dicta el entrenamiento, reducen la velocidad de caída y empiezan a agruparse entre sí para no perder de vista a sus aliados de nave, a su equipo. El fuego antiaéreo se pone más real al agruparse, y algunos soldados simplemente revientan en pleno aire al recibir el impacto de las tremendas balas antiaéreas del enemigo desde tierra.

El suelo blanquecino ya es visible, las tropas de infantería en tierra ya se ven en acción, tratando de tomar los nidos antiaéreos. Pero la velocidad con que caen empieza a asustar a los soldados. El altímetro al fin se activa nuevamente, liberan los paracaídas camuflados como la misma noche eterna de este lugar, ellos empiezan a reducir la velocidad de caída. El escuadrón cada vez más reducido empieza a caer gentilmente delante del frente de los nidos, tal y como se planeó.

Pero la realidad es cruel. Muy pocos llegan en una pieza a tierra, y el suelo no es la salvación. Algunos son acribillados al pisar tierra, otros pisan minas antipersonales que los destrozan. Cuando al fin están a salvo en tierra y los altímetros han liberado sus mochilas del paracaídas, son tan pocos y están tan separados que casi no son un escuadrón sino solo un grupo de asalto o una célula del escuadrón. No hay rastros del sargento, y ahora deben juntarse para sobrevivir.

Los soldados siguen los procedimientos establecidos para organizar la reunión, haciendo señales con sus luces de señalización y moviéndose con cautela en medio de la nieve profunda y la obscuridad. La ventisca azota sus rostros, haciendo que les cueste trabajo ver y respirar, pero ellos siguen adelante, impulsados por su entrenamiento y su determinación.

A medida que se van acercando entre ellos, pueden ver que están más dispersos de lo que imaginaban. La nieve y la oscuridad han hecho que sea difícil mantener la orientación, y algunos de ellos han tenido que luchar para encontrar su camino de regreso al punto de reunión.

El fragor de la batalla no se oye tan lejano como ellos quisieran. De hecho, parece que está justo al lado, lo que significa que su misión es aún más peligrosa de lo que pensaban.

Sus aliados se oyen más lejanos de lo que imaginaban, lo que les hace preguntarse si han sido capaces de establecer una cabeza de playa segura.

Pero pese a todo, los soldados siguen adelante. Su entrenamiento les ha enseñado a mantener la calma en situaciones de estrés, y a seguir los procedimientos establecidos incluso cuando las cosas no salen como esperaban. Así que siguen moviéndose, siguiendo las señales y reuniéndose en el punto designado.

A medida que se van reuniendo, pueden ver que han sufrido pérdidas significativas. Algunos de sus compañeros no han podido hacerlo, y otros están heridos. Pero ellos siguen adelante, sabiendo que su misión es crucial para el éxito de la operación. Así que se reagrupan, se reorganizan y siguen adelante, listos para enfrentar lo que sea que les depare el destino.

Se mueven sigilosamente en la obscuridad, sus pasos silenciosos en la nieve profunda. Sus uniformes, diseñados para camuflarse en el entorno invernal, les permiten ser muy difíciles de notar, incluso a pocos metros de distancia. Sin embargo, a pesar de su eficacia para el camuflaje, los uniformes no son tan abrigados como lo prometieron. Los soldados tritan mientras se arrastran en la nieve, sus dientes castañeando y sus manos temblando dentro de sus guantes.

A medida que avanzan, algo parece moverse entre medio de ellos. Algunos lo perciben, pero no con claridad. Un movimiento fugaz, una sombra que se desvanece en la oscuridad. No le dan mucha importancia, concentrados como están en su misión. Lo que importa es reunirse, acabar con esos nidos de artillería antiaérea y juntarse con la infantería que avanza en la costa.

Pero a pesar de su enfoque en la misión, la sensación de que algo se mueve entre ellos persiste. Es como si la nieve misma estuviera viva, y estuviera observándolos con ojos invisibles. Los soldados se miran entre sí, pero no dicen nada. Saben que deben mantener el silencio, que cualquier ruido podría delatar su posición y poner en peligro su misión.

Así que siguen adelante, moviéndose con cautela y sigilo a través de la nieve profunda. La oscuridad es total, y solo la luz de las estrellas les permite ver dónde están y hacia dónde se dirigen. Pero a pesar de la oscuridad, a pesar del frío y la nieve, los soldados siguen adelante, impulsados por su determinación y su deber.

Las sigilosas señales de luces y silbidos que los soldados utilizan para comunicarse entre sí se empiezan a hacer más escasas. La nieve y la oscuridad parecen haber absorbido todo sonido y señal de vida. No hay señales de balas o explosiones que estén diezmando al grupo, lo que hace que la situación sea aún más inquietante.

Es difícil saber qué es lo que está sucediendo, hasta que uno de los soldados nota como otro, posiblemente el penúltimo, es masacrado en frente de él un poco antes de lograr reunirse. La escena es brutal y rápida. Un bulto thaoide, tal vez un soldado enemigo o alguna criatura del lugar, se abalanza sobre el desafortunado aliado y antes de que este pueda hacer algo, lo reduce a un grupo de trozos ensangrentados.

El asustado observador queda atónito y paralizado por el pánico. La oscuridad es limitante, pero sin duda esa criatura no es de este mundo. Su forma es indescriptible, como si fuera una masa de sombras y niebla que se ha cobrado vida. El soldado que observó la escena no puede moverse, no puede hablar, no puede hacer nada más que quedarse allí, congelado en el terror.

La criatura no parece haberse percatado de la presencia del soldado. Se detiene un momento, como si estuviera oliendo el aire, y luego se vuelve y desaparece en la niebla. El soldado sigue allí, paralizado, esperando a que la criatura regrese y lo mate también.

Pero la criatura no regresa, y el soldado se queda allí, solo y asustado, en medio de la nieve y la oscuridad.

Cuando termina de masacrar al soldado, la criatura o al menos esa silueta siniestra, se voltea y sus profundos y oscuros ojos se fijan en el observador. La mirada es como un golpe de hielo que atraviesa el alma del soldado, y él se siente como si estuviera congelado en el tiempo. La criatura inicia una desenfadada embestida hacia él, y el pobre soldado se queda entumecido por el pánico.

Lo único que se le cruza por la cabeza como algo mínimamente racional es que es su fin. Desea profundamente abrazar a su amada y estar en los valles de si haz, donde el sol brilla cálido y la vida es dulce. Pero eso no sucederá. La realidad es cruel y despiadada, el soldado se da cuenta de que su vida está a punto de ser truncada de manera brutal.

La criatura llega y se lanza encima del soldado, su cuerpo como una masa de sombras y niebla que se abalanza sobre él. El soldado intenta levantar los brazos para defenderse, pero es demasiado tarde.

Como un relámpago súbito, la criatura es detenida en su embestida en pleno aire. Una ráfaga de balas que le impactan en el pecho lo frenan de golpe, lo tiran en la nieve y lo dejan retorciéndose. El soldado paracaidista, que había sido congelado por el pánico, se da cuenta de que ha sido salvado por un soldado aliado.

El soldado aliado, que debe ser de infantería, llega por detrás del paralizado soldado paracaidista, tal vez el último, se sube encima de la criatura y la acribilla en el piso nevado para asegurarse de que esté muerto. Le descarga la cacerina y lo deja humeando.

El soldado paracaidista se siente como si hubiera sido sacudido de su trance. El soldado aliado se acerca a él y le susurra: – Reacciona muchacho. – El soldado paracaidista se da cuenta de que ha sido salvado y que debe reaccionar. Comienza a moverse, a estirarse y a recuperar sus funciones.

Mientras se reincorpora, se da cuenta de que está rodeado por más aliados de infantería. El ejército ha llegado y está avanzando al norte, en este infierno helado, oscuro y remoto. El soldado paracaidista se siente un poco más seguro, sabe que no está solo y que tiene aliados que lo apoyan.

Eventualmente, el soldado paracaidista se reincorpora por completo y se une a sus aliados. Juntos, comienzan a avanzar en la nieve, listos para enfrentar cualquier cosa que se les presente. La batalla no ha terminado, pero el soldado paracaidista se siente más seguro, más fuerte y más decidido a cumplir con su misión.